

# ***LA GUERRA SECRETA DE SOR CATHERINE***<sup>1</sup>

Por Angelina Magnani

*La guerra secreta de sor Catherine* es el título español de *Conspiracy of Hearts* (“Conspiración de los corazones”), una película de 1960, dirigida por Ralph Thomas y protagonizada por Lili Palmer (madre Catalina), Sylvia Syms (hermana Mitya), Yvonne Mitchell (hermana Gerta) y Ronald Lewis (comandante Spoletti), cuyo argumento está basado en hechos reales. En España, el film se estrenó en 1961, en Valladolid, en la VI Semana de Cine Religioso y de Valores Humanos, pese a lo cual, cuando se proyectó en las salas comerciales, recibió la calificación moral de “No apto”. En Francia, la película recibió el sugerente título de *Les conspiratrices* (“Las conspiradoras”).

## ***El argumento***<sup>2</sup>

La acción se sitúa en Italia, en julio de 1943, cuarto año de la II Guerra Mundial, cuando el fascismo italiano acababa de ser derrotado, aunque los alemanes, aliados hasta entonces de la Italia fascista, todavía estaban allí, combatiendo contra los americanos, los ingleses y, a partir de entonces, contra los guerrilleros italianos.

Las Hermanas de la Caridad han colaborado muy activamente, durante toda la guerra y de manera regular, en la fuga y traslado de niños y niñas judíos que, tras quedar huérfanos al ser asesinados o deportados sus padres, eran internados en un campo de prisioneros controlado por el ejército italiano y cercano al convento. Los soldados allí destinados, incluido el comandante Spoletti, su responsable, no han dado importancia al permanente goteo de fugas infantiles ni parece que sospechen que las monjas tengan algo que ver con ellas.

Las cosas se complican cuando el coronel alemán Horsten y su teniente Schmidt toman el control del campo de prisioneros, ya que, si bien no están preocupados por los huidos, puesto que son solo niños, saben que las continuas evasiones no serían posibles sin la colaboración de los guerrilleros, muy abundantes en la zona, a pesar de la presencia de la guarnición italiana en el campo-cárcel. Y los guerrilleros sí son de su interés. Descubrir, por tanto, cómo se escapan los niños y quiénes les ayudan se convierte en un objetivo prioritario para los dos oficiales, aunque el comandante Spoletti no demuestra ningún entusiasmo.

Los niños salen del campo a través de un túnel, cuya entrada se encuentra junto a la valla del campo. En la salida, pocos metros más allá de la alambrada, les espera un pequeño grupo de monjas para llevarlos al convento, donde reciben alimento y cobijo hasta que se encuentran en condiciones de ser trasladados de nuevo. La meta final es Palestina, donde serán adoptados por familias judías.

A consecuencia de las medidas de vigilancia establecidas por Horsten, quien también ha impuesto el toque de queda, un soldado de la guarnición italiana, de noche, dispara contra “algo” que se mueve en la oscuridad. La bala alcanza a la hermana Consuelo, que había salido del convento para recibir a los niños a la salida del túnel, y

---

<sup>1</sup> Este artículo es el primero que *Desveladas* irá ofreciendo en la sección “En las artes y en las letras” sobre películas que, de una forma u otra, tratan de la vida religiosa y monástica. Al equipo de mujeres que está detrás de esta *web*, agradecería profundamente que quienes entran en ella colaboren sugiriendo, en el blog de la sección “Desveladas”, títulos de películas y/o novelas cuyas protagonistas sean religiosas o monjas.

<sup>2</sup> He creído necesario aportar un amplio resumen del argumento, ya que la película tiene más de cincuenta años y puede resultar difícil que las personas interesadas en visionarla encuentren el DVD a la venta.

muere. La hermana que la acompañaba, horrorizada, presencia su muerte, y abandona el cadáver cuando oye que los soldados se acercan. El autor del disparo descubre, sorprendido y aterrorizado, que ha matado a una monja.

Un grupo de hermanas informa a la madre Catalina de que Consuelo ha muerto. En ese momento, el capellán del convento, el padre Desmaines, intentaba convencer a la superiora de que dejara de colaborar en la fuga y el traslado de los niños, ya que la presencia de los alemanes hace muy peligrosa dicha tarea y, además, según argumenta el sacerdote, “no es trabajo de monjas”. La hermana Gerta culpa a Catalina de la muerte de Consuelo, que considera un castigo por los pecados que todas están cometiendo, ya que, para ayudar a esos niños, tienen que incumplir algunos preceptos de su regla de vida, como el de no salir del convento por la noche. El capellán insiste en que las monjas abandonen sus actividades clandestinas, que son muy admirables, pero demasiado peligrosas, y Catalina se pregunta qué será de esos niños si ellas no les ayudan a escapar. Es consciente del peligro que corren todas y no sabe qué vidas ha de arriesgar, si las de los niños o las suyas propias y las de quienes les ayudan.

Mientras bañan y dar de comer a los recién llegados del campo, una hermana avisa a Catalina de que se acerca un coche del estado mayor alemán. Lo mejor sería trasladar a los niños enseguida, pero la hermana Constanza, que es la que conduce el camión del convento, no ha regresado con el vehículo, a causa de una avería, por lo que no hay modo de transportarlos inmediatamente, pese al peligro que su presencia supone para todos. Catalina decide entretener lo más posible a los alemanes, con el fin de dar tiempo a que regrese Constanza y los niños puedan salir del convento en el camión. Con todo, hay una niña que ni habla ni está en condiciones de viajar, por lo que se quedará con las monjas. Gerta quiere conversar con Catalina a solas y le dice que su conciencia no le permite seguir colaborando en la evasión de los niños, pero la superiora pospone la conversación y le pide que se quede cuidando a la niña enferma, la cual, recelosa, muerde a la monja cuando se le acerca.

Los alemanes, acompañados por Spoletti, entran en el convento tras una larga espera en la verja de entrada, donde la hermana Honoria se las ha arreglado para entretenerlos y ganar tiempo. Cuando los dos hombres conocen a Catalina descubren, por Spoletti, que era una princesa alemana, aunque ella les recuerda que en el convento no se usan títulos. El comandante Horsten, consternado, le comunica que los soldados del campo han matado, sin pretenderlo, a una monja en los alrededores de la valla. Horsten se justifica preguntándole a Catalina qué hacía una religiosa fuera del convento durante el toque de queda. “Salió a hacer una obra de caridad”, responde ella. La monja se muestra irónica ante el oficial alemán, muy irónica, desplegando además una gran autoridad que nada tiene que ver con los títulos nobiliarios ni con la graduación militar. El comandante, humillado y contrariado, le recuerda rige el toque de queda bajo orden de disparar a quien lo incumpla.

Mientras tanto, Constanza ha llegado al convento y los niños se han escondido en el remolque del camión. Cuando están a punto de salir, aparecen los alemanes y Spoletti, con la madre Catalina, pero los niños no son descubiertos y el vehículo sale del convento ante las mismas narices de Horsten.

Gerta y Catalina hablan por fin. La hermana no quiere encargarse de la niña judía, por lo que Mitya, una novicia, se la lleva a su celda, por indicación de la superiora. Además, Gerta cree que si se descubre lo que las monjas están haciendo, toda la orden quedará deshonrada. Catalina le expone su intención de seguir con las actividades clandestinas y le pide a Gerta que le ayude, pues la necesita. Esta acusa a la superiora de vanidad, de romper los votos, de que actúa así para su propia vanagloria... y le advierte de que su conciencia la obligará a denunciarla ante la madre general.

Vuelve a responsabilizarla del peligro que las monjas corren por obedecerla, pero Catalina responde que ella no manda a nadie y que las hermanas actúan por fidelidad a sus corazones. Confronta a Gerta con sus motivaciones y le pregunta si el temor al castigo debe impedir la misión que están llevando a cabo. Catalina confiesa que no sabe si lo que hacen está bien o mal, pero “si en presencia del mal no hacemos nada, ¿qué seremos?”.

Catalina habla también con Mitya, pues ha observado que el corazón de la novicia se altera cuando ve a Spoletti, quien había cortejado a la muchacha antes de entrar en el convento. Cree que Mitya ama a Spoletti y le recuerda que los votos no se guardan “sufriendo”. Le pregunta si entró en la vida religiosa por escapar de una relación con el comandante. La novicia afirma que, a la vista de las muchas penas que hay en el mundo, entró buscando la paz, convencida de que, si la vida religiosa no las evitaba, al menos no las aumentaría. Confiesa que no está enamorada de Spoletti, al que considera un cínico, pero que temió no ser tan fuerte como para resistirse a él. “No se ate a esta vida si su corazón está dividido: lo necesitamos entero”, concluye Catalina.

Puesto que sacar a los niños por el túnel se ha vuelto peligroso, se establece otro sistema. Un granjero, Petrelli, los esconde en el remolque de su camioneta, bajo los desperdicios de comida que recoge en el campo de prisioneros, con el pretexto de dárselos a sus cerdos. Una discusión con el teniente Schmidt a la salida del campo hace que este le siga y descubra que el granjero lleva los desperdicios al convento. Una vez allí, Catalina consigue entretenerlo mientras los niños salen de la camioneta y las monjas los esconden, pero un soldado italiano que acompañaba al teniente y que ha visto lo que sucede, acaba confesando lo sucedido, más tarde, bajo tortura. Petrelli es detenido y, finalmente, fusilado, pese a las protestas de Spoletti, que se ve obligado a llevar a cabo la ejecución bajo amenaza de ser detenido si no obedece las órdenes de los oficiales alemanes.

Entre tanto, Mitya consigue que Ana, la niña enferma que se ha quedado en el convento, hable y diga cuál es su nombre y su historia. La niña está convencida de que Dios mató a sus padres y a toda su familia porque ha oído que Dios mata a los perros judíos, que esa es su voluntad. Y Ana le pide a Mitya: “No le diga a Dios que estoy aquí”. Gerta, que ha oído la conversación, confiesa su completa incomprensión ante lo que ve y lo que oye.

Los niños recién llegados no quieren comer, aunque están famélicos, y se muestran recelosos. Las monjas no entienden qué les sucede y José, el mayor, acaba explicando que ese día es Yom Kippur y que no les está permitido comer ni montar en vehículos, algo que ya han hecho al subir a la furgoneta de Petrelli. Se sienten profundamente avergonzados por ello, pues algunos judíos murieron a manos de los alemanes al no querer subir en los trenes en un día así. Las monjas intentan tranquilizarlos asegurándoles de que Dios perdonará ese pecado.

Catalina se informa de qué es Yom Kippur y de lo que hay que hacer ese día. Quiere que los niños tengan la celebración judía propia de dicha conmemoración y, ante la sorpresa-escándalo de algunas hermanas, propone traer a un rabino al convento. Si están salvando a esos niños para que tengan familias en Palestina y sigan siendo judíos, no está de más que lo sean mientras permanecen con ellas. El capellán busca al rabino de la zona, que se ha unido a los guerrilleros. Las monjas preparan comida judía para el banquete posterior a la celebración y algunas hermanas creen que montar un altar judío en el convento es pecado. Una vez llegado el rabino, y mientras se prepara, las monjas escriben en un papel los nombres de los familiares de los niños que han muerto recientemente, pues luego se leerán en la ceremonia. Todas, especialmente Gerta,

quedan impresionadas y profundamente conmovidas por la cantidad de nombres que tienen que escribir.

Tras el fusilamiento del granjero, los oficiales alemanes deciden ir al convento, convencidos de que las monjas delatarán a los guerrilleros que colaboran con ellas.

La celebración judía ha empezado después de que las hermanas bendijeran a los niños en nombre de sus padres, muertos. Ellas van a la capilla a rezar, pero el capellán interrumpe su oración y les informa de la ejecución de Petrelli. En ese momento, entran en la capilla Horsten, Schmidt y Spoletti, con un puñado de soldados italianos. Horsten les dice a las monjas que están detenidas. Cuando Catalina les pregunta de qué se las acusa, se oye el cuerno que el rabino está haciendo sonar durante la ceremonia, y los judíos son descubiertos. Se dirigen todos al lugar donde se estaba realizando la celebración. El rabino se resiste y es abatido a disparos. Los niños intentan huir, dispersándose, pero no lo logran. Monjas y niños son detenidos en un claustro y Gerta oculta a una niña bajo el hábito, pero Schmidt se da cuenta de la estratagema. La monja le amenaza con el castigo divino, pero él no se arredra. Mientras tanto, el capellán reza sobre el cadáver del rabino, y José lo hace en hebreo. Finalmente, las monjas son conducidas de nuevo a la capilla.

Horsten responsabiliza de todo a Catalina. Le concede tiempo para rezar, pero le comunica que será fusilada. Ella lo acepta. Entonces, el coronel decide que ejecutará a dos monjas más, por desacato a la ley. Catalina intenta salvar la vida de esas hermanas y le ruega que no lo haga, alegando que ella es la única responsable. El alemán pide voluntarias para morir. Si no las hay, él mismo elegirá a dos. Ninguna se ofrece, salvo Mitya. Catalina apela a su condición de novicia para que Horsten no la acepte como voluntaria, y logra salvarle, porque Mitya es rechazada. Entonces, se ofrece Gerta, quien confiesa que, por fin, comprende... Se les une una anciana que considera que, por sus años, merece el privilegio de morir junto a Catalina.

El coronel les ofrece el perdón a cambio de información, es decir, de los nombres de los guerrilleros que las ayudan. Las tres guardan silencio. Horsten le pregunta lo mismo al capellán, al que Schmidt golpea, sin conseguir que el padre Desmaines hable. Catalina, a gritos y con autoridad, le reprocha al coronel sus métodos, pero este, enfadado, amenaza a las novicias, especialmente a Mitya, a la que considera la más débil. Schmidt le arranca la toca y hace amago de golpearla, pero la novicia le pide a Catalina que no hable.

Spoletti interviene, impidiendo que el teniente golpee a Mitya, y le pide a Horsten que le permita hablar a solas con Catalina, por si logra sacarle la información que el alemán desea. El coronel accede y ambos van al despacho de la superiora, quien entra en él tambaleante. Agradece a Spoletti la ayuda que les ha prestado haciendo la vista gorda ante las evasiones de los niños. El comandante le pide que le dé los nombres a Horsten, pero Catalina no puede hacerlo, porque eso significaría sentenciar a muerte a otros. Spoletti le explica sus planes: quiere que Catalina haga lo que sea para retrasar la ejecución, pues necesita tiempo para matar al coronel alemán. La monja le asegura que sus vidas y las de los niños no se salvarán con violencia. “Elegí esta manera de vivir. Seré fiel a mi vocación hasta el fin”, le explica al comandante. Está convencida de que un asesinato no la salvará. Spoletti, no obstante, ha decidido matar a Horsten, pero cuando abre la puerta del despacho, descubre que el alemán ha oído la conversación desde el pasillo. Horsten le quita la pistola a Spoletti y le comunica que está arrestado.

En el patio les esperan las monjas y los soldados. Gerta y la otra hermana están ya frente al pelotón de ejecución. Catalina se acerca a ellas. Horsten, que ha informado a los soldados italianos de que Spoletti está detenido, le concede la palabra a la monja, por última vez. Y Catalina dice: “Queridas hermanas: sufrimos esta adversidad por

servir a Dios, como prometimos”. A la orden de Schmidt, los soldados apuntan a las monjas, pero al disparar levantan un poco las armas y yerran sus tiros. Las monjas que observan la escena gritan, sorprendidas al ver a sus tres hermanas en pie. Spoletti y los soldados reaccionan y, tras algunos forcejeos, los oficiales alemanes resultan muertos. Catalina se arrodilla para rezar y la comunidad le imita, al igual que los soldados.

En la escena final, los niños montan en el camión del convento. Spoletti habla con Mitya. Le explica que, si los guerrilleros le aceptan, se va a unir a ellos, junto con el resto de los soldados: ninguno de los que están allí contará lo que ha pasado en el convento. Los niños se van, y los soldados, también. Y las monjas los despiden a todos con la mano. Catalina observa que Mitya mira con otros ojos a Spoletti. Y sonrío.

### *Algunas reflexiones*

La vida religiosa descrita en la película es preconiliar. Las monjas de la comunidad, bastante numerosa, viven en un convento (quizá un monasterio) grande, a cierta distancia de la población más cercana, con tierras propias que lo circundan y de las que, presumiblemente, viven, pues no consta que tengan otro tipo de actividad laboral; visten hábito y toca, se tratan de usted entre ellas (al menos, en el doblaje en español); no se ausentan del convento salvo que sea necesario y les está expresamente prohibido salir de él por la noche; acuden a la capilla caminando por los claustros ordenadamente, en dos filas; cuando se les ve en una oración comunitaria, rezan la letanía del rosario...

Por su condición de religiosas, son vistas como personas especiales, “sagradas”, como puede verse en el horror-temor que el soldado italiano siente cuando descubre que ha matado a la hermana Consuelo, lo que no habría sucedido si su disparo hubiera alcanzado a una persona seglar. Esa misma sacralidad de sus cuerpos puede percibirse en la escena en la que el teniente Schmidt agarra del brazo a la hermana Gerta, que ha escondido a una niña judía bajo su hábito, con intención de conducir a la monja a la capilla, y Gerta, que no quiere moverse para que la niña no sea descubierta, apela a la inviolabilidad de su persona.

Precisamente por su condición, se le supone “buenas”, es decir, sumisas a cualquier tipo de autoridad e incapaces de contravenir las leyes, sean estas religiosas o civiles. De ahí que, en un primer momento, y a pesar de la firme autoridad con que la madre Catalina se enfrenta a los oficiales alemanes, estos son incapaces de sospechar que las habitantes del vecino convento están actuando, clandestinamente, en contra de la ley. Sin embargo, estas monjas, que a menudo aprovechan, y en ocasiones incluso explotan, esta mirada “inocente” sobre ellas para seguir participando de forma activa en la fuga y el traslado de niños y niñas judíos, son unas auténticas “conspiradoras” y capaces de enfrentarse a la injusticia y combatirla, sea cual sea el riesgo que hay que correr.

Por lo que respecta a la vida religiosa en sí, la película aborda algunos aspectos de mucho interés.

Por un lado, el hábito no oculta a las mujeres que lo visten. Hay una escena muy curiosa al respecto, en la que un niño no quiere quitarse los pantalones, alegando que ya es mayor para dejarse bañar por “una chica”. Son capaces de enamorarse y también de vivir sus votos “sin sufrir”. Son mujeres con pasado y con deseos, incluso un poco locos, como Catalina, que era una princesa y que, en la conversación con Mitya, confiesa que soñaba con ser una amazona de circo con un vestido lleno de lentejuelas.

Por otro lado, son muchas las escenas en las que se reflejan, con naturalidad y sin ningún género de dramatismo o escándalo, las disensiones internas en la comunidad. No todas las hermanas están de acuerdo con el criterio de la madre Catalina y se sienten

con total libertad para expresar sus opiniones, unas veces de forma más “solemne”, como cuando la hermana Gerta requiere una conversación en privado con Catalina para exponerle su desacuerdo, otras, más espontáneamente y al hilo de los acontecimientos, como cuando una de las hermanas pregunta, entre sorprendida y escandalizada, cómo va a acudir un rabino a un convento para realizar una ceremonia judía...

Se refleja, asimismo, el diferente modo en que las hermanas perciben la obediencia, puesto que algunas comparten los criterios de la superiora, otras aceptan, aun sin comprender enteramente su conveniencia u oportunidad, las indicaciones de Catalina, y las llevan a cabo diligentemente, y otras, como Gerta, obedecen porque tienen que obedecer, aunque expresan su total desacuerdo. En este punto, resulta especialmente sugerente el conflicto que esta hermana plantea entre las órdenes de la madre Catalina y su propia conciencia, por fidelidad a la cual puede verse obligada a denunciar a su superiora ante instancias más altas dentro de la orden. Y no menos sugerente es la respuesta de Catalina, que confronta a la hermana Gerta con las motivaciones (¿miedo al castigo?) que le llevan a apelar a su conciencia para dejar de colaborar en la tarea que están llevando a cabo.

Las disensiones, no obstante, no *rompen* la comunidad ni generan sentimientos de odio o recelo: Catalina, por ejemplo, sigue contando con Gerta para llevar a cabo la misión que todas se traen entre manos, y ninguna hermana se mantiene al margen de la preparación de la ceremonia judía en la que participarán los niños.

Pese a la nobleza de la tarea que realizan, las monjas son conscientes del peligro que corren y no están exentas de miedo. Hay una escena en la que dos de ellas, que esperan a los niños, de noche, a la salida del túnel, confiesan su miedo. Gerta habla abiertamente de los riesgos a los que están expuestas y cree que la muerte de Consuelo es un castigo de Dios a la comunidad, por incumplir sus votos. Tampoco las dudas están ausentes ni siquiera en la madre Catalina, que parece la más segura. No sabe si hace bien o mal al intentar salvar unas vidas, las de los niños, arriesgando otras: las de las monjas y las de quienes les ayudan.

Precisamente, este arriesgar (cambiar) unas vidas por otras, es lo que, en mi opinión, constituye el tema central de la película, que se aborda desde diferentes ángulos. Por un lado, se plantea la cuestión de poner el peligro la propia vida, y entregarla, si se dan las circunstancias, por salvar la de otra persona o la de varias. Es lo que hacen la comunidad al completo y quienes les ayudan (Petrelli, los guerrilleros, el rabino...), lo que por otra parte supone una amplia red de colaboraciones que excede el contexto de la película y que incluye a otros conventos, tal como se aprecia en la escena en que Catalina llama a otra comunidad para decirle que enviarán “los libros” antes de lo previsto. Es lo que hacen la madre Catalina y las dos hermanas que van a ser fusiladas con ella por no delatar a sus colaboradores. Por otro lado, están las dudas surgidas cuando, sin arriesgar la propia vida, las decisiones tomadas afectan a las vidas de otras personas. Es lo que le sucede a Catalina, cuando se plantea si ha de seguir poniendo en peligro las vidas de sus hermanas o si ha de seguir salvando las vidas de los niños. Finalmente, la película aborda otro interrogante: ¿se puede salvar la propia vida a costa de las vidas de otros? Es la situación que se les plantea a las monjas cuando el coronel alemán pide voluntarias para morir, o a Gerta, cuando la superiora le pregunta si el miedo a morir puede impedir que salven las vidas de los niños, o a Catalina, cuando Spoletti le propone que haga lo posible por detener la ejecución porque va a matar a Horsten y, por tanto, salvar su vida, la de las otras dos hermanas condenadas y, además, las de los niños. La otra cara de esta moneda está representada por Horsten, quien juega con las vidas de unos para obtener las de otros.

Catalina se niega rotundamente a que la vida de unos se salve a costa de que se ejerza violencia sobre las vidas de otros y apela, para ello, a su vocación: “Elegí esta manera de vivir. Seré fiel a mi vocación hasta el fin”, responde a Spoletti, recordándole que una muerte más, sea de una persona justa o injusta, sí importa. Es difícil determinar si Catalina habla de su vocación religiosa, en concreto, o de su vocación cristiana, en general. Incluso las últimas palabras que dirige a las hermanas (“Queridas hermanas: sufrimos esta adversidad por servir a Dios, como prometimos”) pueden vincularse a la vida religiosa, si la promesa se relaciona con los votos, o a la vida cristiana, a través de las promesas bautismales. En cualquier caso, da la impresión de que el hilo conductor de la película apunta a que las vidas no son intercambiables y que tan solo la propia puede entregarse por otras.

Al margen de esta cuestión, o precisamente a causa de ella, el film muestra a unas religiosas muy humanas, con las grandezas y limitaciones de lo humano, fuertes y débiles, seguras y llenas de dudas, cuya vida conecta con la experiencia de Jesús, capaces de enfrentarse a la injusticia, aunque esta se desarrolle fuera de los muros de su convento y no les *afecte* directamente, dispuestas a “saltarse las reglas”, internas y externas, por la dignidad humana, ecuménicas, abiertas a otras formas de entender la Divinidad y vivirla, y conscientes del compromiso con la humanidad que su vocación cristiana y específica supone.